

Antes de que florezcan los rododendros

Oda al esquí sin fronteras

Luis Alejos

Esta amplia estancia forrada de madera, semeja una singular sala de espera, donde numerosos montañeros aguardamos al lucero del alba para emprender un viaje alucinante. Nos encontramos en el refugio de Vignettes. De madrugada nos deslizaremos sigilosamente por el tobogán de los glaciares rumbo a Zermatt. Nuestro proyecto inicial era recorrer los Alpes del Valais, pero un duende escamoteó las montañas, colocando en su lugar negros nubarrones. Finalmente hemos optado por coger el tren de la alta ruta en marcha, en el apeadero de Arolla. Cuando menos, tendremos aún ocasión de realizar la más espectacular travesía del macizo.

El tiempo continúa inestable, no falla la habitual nevada nocturna; sin embargo el día resultará formidable. Salimos de Arolla sin esperar al sol. Nos alcanza en los límites

Premio al mejor artículo del concurso de artículos Pyrenaica 1985, **«por exponer de forma amena y con verdadero conocimiento de causa, las amplias posibilidades del esquí de travesía en todo tipo de montaña, desde las grandes rutas de los Alpes, hasta cuando la nieve cubre los montes y valles de cerca de casa.»**

del bosque que tapiza la ladera del valle, permaneciendo en nuestra compañía. Remontar la lengua del glaciar de Tsijiore Nouve es un juego, igual que superar la morena que le separa del cercano glaciar de Piede, bordeando sus seracs frontales para poder cabalgar sobre el lomo.

En verano los ríos de hielo parecen espejos resquebrajados; en primavera son un colchón de plumas. Allí donde, en período estival, es preciso afianzar cada paso con los colmillos de los crampones, ahora avanzamos despreocupados sobre los escurridizos

esquíes. No es probable que nos engulla una grieta; son otras las amenazas de la montaña invernal. La caída de un serac, que al derrumbarse forma una nube de nieve pulverizada capaz de oscurecer el cielo, nos sirve de advertencia.

Nuestra ruta discurre por una ondulada ladera flanqueada de agudos cresteríos que parecen converger en el collado al cual nos dirigimos. Detrás vamos dejando una profunda huella; el viento se encargará de borrar cualquier rastro. Resulta penoso abrirse paso en la inestable ladera de nieve polvo. Qué ciertos son esos versos: «Caminante no hay camino, se hace camino al andar...».

Se acercan los seracs del Pigne de Arolla; percibimos las líneas simétricas de una edificación. Asomarse al col de Vignettes es como admirar un mar helado desde el borde de los acantilados. En el espacio inmenso



cubierto de nieves perpetuas emergen los gélidos islotes de las cumbres. El refugio, retando al vértigo, prolonga hacia el cielo la vertical muralla. Su acceso aparece bordeado por una empalizada de esquís.

Mientras transcurre la espera cada cuadrilla se instala en torno a una mesa, entablado tertulia sobre un mapa y con tazas humeantes entre las manos. El potente foco que penetra por los ventanales, inunda la sala con su luz. La mayoría de los presentes partió de Chamonix; estando ya en ruta se enturbió el tiempo y no se han dejado arredrar por los desapacibles elementos.

Sus rostros irradian optimismo mientras contemplan el cielo excepcionalmente azul. Mañana satisfarán un gran anhelo: culminar la travesía Chamonix-Zermatt. También nosotros estamos contentos. Tratándose de la primera vez que nos asomamos a los Alpes en condiciones invernales, hemos sido capaces de pasar con los esquís sobre las fauces de los glaciares y con nuestras modestas facultades intentaremos desmitificar la épica leyenda que rodea de misterios la alta ruta.

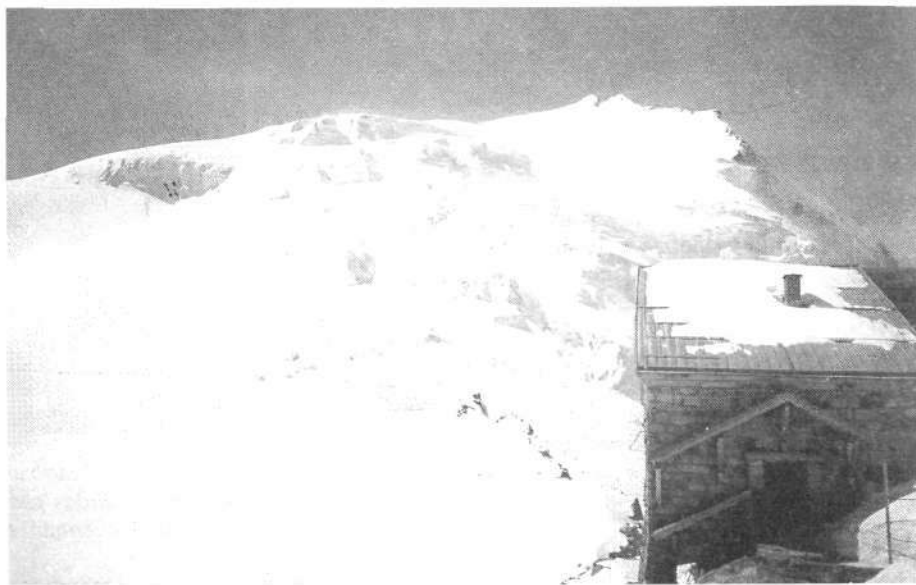
Fascinante descenso

Enfrascado en eufóricas reflexiones, miente da un salto de 1.000 Km. posándose en la cima del Posets. También aquí luce radiante el sol al concluir la más penosa ascensión del Pirineo. Ha sido delicioso recorrer con esquís el dócil valle de Estós. Acercarse al coloso no resulta menos gratificante, pese a su exagerado desnivel. Ru-

das pendientes han puesto a prueba nuestro afán de alcanzar la cumbre. No hemos caído en la trampa de encaramarnos por la chimenea que en verano constituye la vía normal, transformándose en la ruta menos aconsejable mientras la montaña está pintada de blanco. Dando un rodeo hasta enlazar con la cresta Sur llegamos a la cota superior sin ningún contratempo. Su panorama invernal nada tiene que envidiar a cualquier paisaje alpino.

El descenso al valle de Eriste va a resultar poco gratificante, pues para evolucionar

con soltura en nieve costra se requiere gran dominio del esquí. No es tan simple romper la placa con las colas; con frecuencia se cuartea al emprender el giro, sobreviniendo el trompazo. A diferencia de la caída en nieve polvo, espectacular y divertida, este golpe entraña riesgo de lesión, dado que las espátulas suelen clavarse. Vista la situación, bajamos al refugio del Forcau con suma precaución, practicando la marcha a media ladera y desechando pendientes que en otras circunstancias hubiesen resultado fascinantes.



«Se acercan los seracs del Pigne de Arolla; percibimos las líneas simétricas de una edificación.»

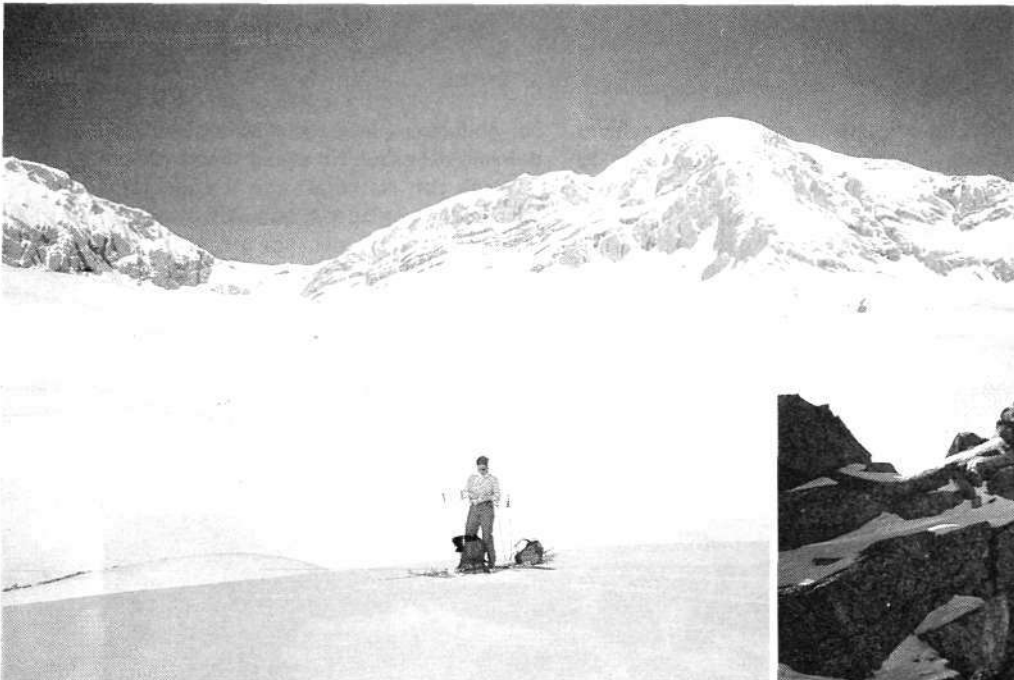
«Rudas pendientes han puesto a prueba nuestro afán de alcanzar la cumbre.»

«Desechando pendientes que en otras circunstancias hubiesen resultado fascinantes.»



«Caminante, no hay camino; se hace camino al andar.»





«El descenso con esquis es apoteósico.»



«Entonces contemplamos una silueta inmaculada...»

El descenso, al día siguiente, del valle de Batielles, contorneando la aguja de Perramó, sería otra cosa. Aunque donde realmente disfrutaríamos esquiando es en el circo de Armeña y en el glaciar de Aneto. Pero claro, estamos hablando ya de nieves bien asentadas, compactas por el contraste de temperaturas, avanzada la primavera.

En Armeña, herradura del macizo de Cotiella, tuvimos que cargar con los esquis hasta el refugio; sería un esfuerzo generosamente recompensado. El recinto del circo, que en verano constituye un laberinto kárstico, surge ante nosotros como el espejismo de un desierto, cubierto de dunas. Las recorreremos plácidamente y al pie del collado Cotiella-Yali sustituimos las tablas por el piolet. La muralla del circo es escarpada; resulta emocionante superarla. Sobre todo trasponiendo el col por el boquete de una cornisa derrumbada. Pasamos de Cotiella, su cresta tiene la visera intacta. Siguiendo el borde de la cornisa vamos al Yali, obteniendo una fastuosa perspectiva del Posets y la Maladeta.

El descenso con esquis es apoteósico. Diríase que en las abruptas paredes del circo retumba una armoniosa melodía; al ritmo de sus compases remontamos lomas, sorteamos vaguadas, cruzamos laderas. Las cumbres giran a nuestro alrededor en frenético vaivén. En ocasiones aprovechamos el impulso para volver a recuperar altura, pero inexorablemente quedaremos anclados en el límite de las nieves.

La Maladeta es un espacio sideral coronado por astros rutilantes. Amplias y pronunciadas laderas nos elevan desde la Renclosa al Portillón Superior. Entonces contemplamos una silueta inmaculada, tan lejana, que no podemos precisar si se trata de una pirámide de azúcar o un gigantesco merengue. Bajamos el corredor con cuidado, recorremos un extenso espacio nevado y comprobamos que estamos en el Aneto al topar con Mahoma en un paso escabroso. Mientras él nos custodia las tablas, perma-

necemos en la cumbre eligiendo bocado en una inmensa bandeja de puntiagudos pastelillos. En los extremos se encuentran el Vignemale y la Pica de Estats.

Para quien ha contemplado el atormentado glaciar de Aneto en pleno estiaje, resulta difícil concebir que en primavera sea una pista de esquí de escasa dificultad (éste es el motivo de que se encuentre amenazada por los depredadores del esquí). Nos lanzamos desde arriba sin reservas y al deslizarnos se desparrama por la ladera una estela de confetis. Nuestra sinuosa huella se confunde con las demás serpentinadas que decoran la pendiente hasta el profundo valle de Barrancs. El frenesí concluye en el plan de Aiguallut. Ni la sorprendente cascada ni el misterioso Forau lograrán apartar nuestra nostálgica mirada de la luminosa cima que nos calma de ilusiones.

La conversación de mis compañeros me vuelve a la realidad. Reimos un rato recordando las primeras vicisitudes de esta excursión, allá por el valle de Bagnes, a la sombra del Gran Combin. Pasada la última aldea, deshabitada y semienterrada en la nieve, alcanzamos el embalse de Mauvoisin. Queríamos bordearlo para dirigirnos al refugio de Charion y al día siguiente llegar a Vignettes por el glaciar de Otemma. Una galería, apta incluso para vehículos, atraviesa la ladera occidental, pero ocurre que la nieve ha taponado la entrada. La senda de la margen opuesta resulta impracticable al estar las paredes del embalse tapizadas con cascadas de hielo. Al retirarnos, pensando ya en otro itinerario, nos enteramos de que en invierno la galería se alcanza trasponien-

do una puerta metálica que da acceso a un túnel ascendente de trescientos escalones, provisto de luz eléctrica. ¿Quién lo podía imaginar? Ibamos a intentarlo de nuevo al día siguiente, cuando una intempestiva nevada nos disuadió definitivamente.

Un San Miguel distinto

Al acostarnos ni una sola nube ensombrecía el horizonte. Al quedarme dormido desperté a un entrañable sueño. Una fría mañana nos sorprende un fenómeno inusual: el silencioso aleteo de las palomas invernales ha cubierto de plumón el paisaje urbano, regalando a la sucia ciudad una blancura luminosa que ningún detergente logra igualar. Ha llegado la nieve, concediéndonos el privilegio de disfrutar sus encantos a domicilio. Ese símbolo genuino de las altas cumbres trasladada al valle las situaciones de la montaña invernal: las vestimentas de algunos viandantes recuerdan las expediciones al Himalaya, en el donostiarra Paseo de la Concha se organiza una competición de esquí de fondo. Para los seres urbanos la nieve simboliza el universo de lo utópico; tal vez por eso nos infunde las cualidades innatas de los niños: espíritu lúdico, imaginación, fantasía...

Inexorablemente vuelve a lucir el sol, y el muñeco modelado con nuestras propias manos llora hasta derretirse. La nieve se retira de los valles a los montes circundantes; hacia ellos nos dirigimos seducidos por cantos de sirena. Aralar es un terreno idóneo para dar los primeros pasos en el esquí de

«Resulta difícil concebir que en primavera sea una pista de esquí de escasa dificultad.»

Me ha despertado un rumor de pasos. Inmediatamente observo en la ventana una luz difusa; no corresponde a una noche clara, tampoco al amanecer. Luego ha ocurrido lo peor: vuelve el mal tiempo. La mejoría de ayer fue un intervalo entre dos borrascas. No obstante nos levantamos temprano, sin abandonar la esperanza de que en el transcurso de la mañana vuelve a clarear. En la sala grande nadie disimula su contrariedad.

Las ventanas son un escenario sin decorado. El refugio parece flotar en el vacío a merced de la ventisca. De pronto, tres per-

la función. Son agobiantes horas de incertidumbre que cada cual ocupa en la actividad que lo resulta más soportable: dormir, leer, meditar... Mi mente vuelve a emprender el vuelo, evocando un episodio acorde con las circunstancias.

Atxarte sin escaladas

En Atxarte se ha apagado la animada cantinela de los escaladores; ahora sólo se oye el leve rozar de nuestros esquís. La cantera permanece en estado de hibernación, con las tolvas aprisionadas por corazas de cristal. La nieve ha cuajado sobre las cintas transportadores y cubre las insaciables máquinas que trituran el monte. La bruma es densa, apenas podemos entrever los canchales de Alluitz. Las hayas se agitan, arrojándonos puñados de harina. El blanco manto es cada vez más espeso y blando. Resulta penoso caminar en estas condiciones, aunque supone un ejercicio necesario para aprender a desenvolverse en situaciones desfavorables.

Repelidos por la ventisca, dando un paso adelante y dos atrás, logramos llegar a Urkiolamendi. La ascensión ha durado el triple de lo habitual. Las crestas de Anboto permanecen bajo mínimos, envueltas en el torbellino del temporal. Hemos subido en condiciones tan ingratas con la ilusión de deslizarnos por las suaves pendientes de la apacible cumbre. De modo que despellejamos las tablas, ponemos expresión de velocidad y... permanecemos inmóviles. Claro, con nieve pesada y profunda los esquís, en vez de impulsarnos, nos anclan al suelo. Moraleja: las furtivas nieves de nuestras montañas domésticas no adquieren la consistencia necesaria para esquiar con soltura. Eso sí, son las idóneas para conseguir fondo a base de remar.

En la rampa de acceso al santuario el invento empieza a funcionar. Respetamos el stop del puerto consultamos el cartelón que anuncia el estado de las playas, y ya estamos en condiciones de competir con los escasos vehículos que osan retar a la nieve a golpe de cadenas. Nos deslizamos libremente, sin ruido ni gases. Tan divertido es, que en vez de desviarnos para regresar a Atxarte proseguimos carretera abajo hasta completar la pista esquiable de 6 Km. que enlaza Urkiola con Mañaria.

Pasado el mediodía se esfuma toda posibilidad de emprender cualquier actividad. Únicamente los negros pajarracos que revolotean incansables alrededor del refugio osan permanecer a la intemperie desafiando a la ventisca. Ese decorado, blanco sobre blanco, de nieve y niebla, se ha convertido en una obsesión que nos produce gran desazón. Las cumbres que ayer creímos ver ¿no serían el espejismo de este desierto blanco? Cansados de repetir aventuras y

montaña. El clásico circuito de fondo, Guardetxe-Igaratza, se puede prolongar en travesía hasta las cumbres más significativas de la sierra.

Nosotros elegimos el recorrido Huarte Arakil-San Miguel, utilizando para progresar una descarnada cicatriz producida por las excavadoras. Superando el tramo más agreste dejamos la pista internándonos en el bosque invernal. La nieve había desteñido su variada gama de colores. Los únicos vestigios de vida que percibimos fueron el aleteo de algunos pájaros y breves huellas de alimañas.

Al llegar al santuario descubrimos con satisfacción que ha desaparecido la negra cinta de asfalto. El entorno es todo blanco; desde el valle del Arakil que semeja un fiordo helado, a las encrespadas olas del Pirineo emergiendo en el horizonte. Emprendemos el regreso al ocultarse el sol; cuando el frío vuelve a compactar la nieve y podemos deslizarnos por los carriles de vía estrecha forjados durante el ascenso con nuestras propias pisadas. No tememos a la oscuridad; es un paisaje nevado la noche nunca es profunda. Además, las balizas luminosas de los pueblecillos guían nuestro descenso.

sonas rebozadas en nieve hacen una apoteósica entrada. Tan serena vieron la noche, que osaron vivaquear al pie del glaciar de Otemma, concluyendo la aventura en escapada de emergencia. Muchos de los presentes van agotando su paciencia y se disponen a preparar la mochila. En seguida comienza el éxodo.

Finalmente persistimos tres grupos, separados por fuertes barreras. Con los japoneses el obstáculo es el idioma. El resto hablamos todos castellano, pero la incomunicación aún será más profunda. Ellos son militares, nosotros anhelamos la paz. No cabe una sonrisa, un gesto de simpatía. Aspiraciones contrapuestas nos han hecho coincidir en este refugio alpino. Sus ademanes hacen suponer que, a falta de méritos de guerra, la travesía Chamonix-Zermatt servirá de hazaña a consignar en la hoja de servicios. Para nosotros la montaña invernal constituye el último reducto de la naturaleza amenazada, al igual que la humanidad, por la guadaña del militarismo.

Fuera, un vaporoso telón sigue cubriendo la escena. La intensa luminosidad de la nieve nos mantiene expectantes, anhelando que la cortina se corra y podamos comenzar

proyectos, aburridos de mirar al altímetro con la vana esperanza de que anuncie la buena nueva, vuelvo a encerrarme en mis propias quimeras.)

Soledad

Esta vez voy caminando en solitario, siempre sobre esquís, por una pista forestal que me aproxima a la muralla septentrional de Itxina. En Pogamukurre ha quedado atrapado un todo terreno; la naturaleza debería reivindicar el rapto para intimidar a los coches que asolan el paraje. Venía pensando en Gorbea, pero la cara E. de Lekanda resulta más tentadora, pese a los escollos rocosos que destacan en sus blancas pendientes.

En seguida alcanzo una loma, tan venteada que no retiene la nieve; cristales de hielo aprisionan la hierba. Un fuerte y gélido respecho me conduce al caos de rocas situado al pie del dentellado cresterío. Como la inclinación se mantiene y las pieles resbalan en la costra helada, debo recurrir a las cuchillas para poder progresar. Avanzo con precaución; las condiciones del terreno son muy dispares. En unos tramos se acumula la nieve polvo, tendiendo a deslizarse; en otros se cuartejan las placas, originando derrumbes.

Buscando las palas más practicables alcanzo un corrector que desemboca en la cresta. Lo subo en escalera, prensando la nieve para formar resaltes que posibiliten afianzar los esquís. Al tocar las rocas por fin me atrevo a respirar, recorriendo los escasos metros que me separan de la cima de Lekanda con las tablas al hombro.

Me apetece descender por la misma ruta, pero aún siendo molesta la dificultad, es inquietante el estado de la nieve y resulta preocupante ese repentino ventarrón de aire cálido. También me pesa la soledad; en compañía es menos aventurado asumir riesgos. Mientras combato los impulsos que me empujan hacia la cara E, el sol se oculta y negros nubarrones se arremolinan en el cielo. Entretanto en Candanchú se consuma la tragedia. Si hubiese podido intuir la catástrofe, no me habría sentido tan contrariado al optar por la ruta normal. Cuesta admitir que a veces lo meritorio es renunciar.

Me divierte esquiar entre las hayas, esquivando sus troncos, agachándome al pasar las ramas. Mayor regocijo produce remontar las suaves pendientes de las praderas de Arraba propulsando por el impetuoso vendaval que arrastra la nieve lejos de nuestras modestas montañas. Para reencontrarla será preciso peregrinar a las altas cumbres.

Un pasillo tallado en la roca, protegido del abismo por una barandilla, y que conduce a los servicios, es nuestro horizonte más lejano. La nevada persiste; hay que tirar de pala para despejar la puerta del refugio. Por



«para los seres urbanos la nieve simboliza el universo de lo utópico.»

la misma razón dedicamos un rato de la infinita tarde a encerar las pieles de foca. Esta labor previsora, que evitará la formación de incómodos zuecos cuando volvamos a caminar, es todo un gesto de esperanza en que para la madrugada habrá terminado la pesadilla y podremos continuar.

Soñando ilusiones blancas

Agotados todos los pasatiempos imaginables para ahuyentar el hastío, incluso el contemplar cómo se amontonan los copos de nieve en la ventana, no queda más recurso que la cama. Pronto noto un calor tibio; es la caricia del sol primaveral. Me arrulla un rumor de torrente y el trinar de los pájaros, igual que en el plan de Senarta. Me embriaga el aroma de las orquídeas salvajes de Panticosa. Mientras las montañas permanecen blancas, los valles despiertan a la vida, rompiendo el caparazón del invierno.

El torbellino de los sueños arrastra una vez más mi mente, componiendo un caleidoscopio que entremezcla imágenes del pasado con ilusiones futuras. Acabo de asomarme al col de Astún, donde emerge señero el Midi d'Ossau. Al contemplarlo, la montaña comienza a transformarse: su solemne figura se acrecienta, las laderas se cubren de glaciares, destacan afilados cresteríos, hasta que acaba adoptando la estructura del inefable Cervino Valpelline. Miro estupefacto a mi alrededor, comprobando que me encuentro en el col de Valpelline, el mirador más espectacular de la alta ruta. Por lo tanto también aparecen el colosal Diente de Herens y el sugestivo Diente Blanco. Lo más inaudito es que además están presentes el conjunto de cumbres que he ascendido o tengo intención de alcanzar en el transcurso de la temporada de esquí de montaña. Son las ya citadas en el texto y otras más como: Pic Peyreget, Gallinero de Cerler, Garmo Negro, Algas, Arnales...



«Dejamos la pista internándonos en el bosque invernal.»



«Acabo de asomarme al col de Astún, donde emerge señero el Midi de Ossau.»

¿Es esta visión un presagio? ¿Tendremos mañana ocasión de efectuar la más fascinante travesía del Valais? El nuevo día nos trae una rotunda desilusión: la nieve continúa cayendo implacable. Ya no tiene sentido prolongar la espera. Es tal la cantidad de nieve polvo acumulada que, independientemente de las condiciones meteorológicas, la montaña permanecerá impracticable. Por encima del enorme esfuerzo que supondría una marcha prolongada en estas condiciones, hay que valorar un riesgo extremo de aludes.

También los militares están preparando las mochilas. Dado que la vía de retirada fue nuestra ruta de ascenso, nos proponen bajar a la vez. El desprecio que nos merecen los uniformes no excluye actitudes humanitarias en situaciones de emergencia, o sea que aceptamos. Ellos parecen discutirlo, comunicándonos que se van de inmediato. Nosotros no tenemos prisa, de modo que no descenderemos ni juntos ni mezclados. No obstante, como tienen que caminar a ciegas, les advertimos cuáles son los pasos clave del itinerario.

Decimos sayonara a los japoneses que continúan esperando no sabemos qué y enceramos las suelas de los esquís para facilitar el deslizamiento en la nieve profunda. A la puerta del refugio, cuando empieza a zarandearnos la ventisca, dirijo la vista hacia la nada, recorriendo la cortina de niebla con

la fuerza de la imaginación. Allá queda, entre primorosas cumbres, el col de l'Eveque, lugar de paso hacia Zermatt. Si el cielo se hubiese entreabierto, permitiéndonos otear el entorno aunque fuese de modo fugaz, nos habríamos acercado hasta allí, alcanzando la Punta de Oren, que supera en altitud a cualquier cima ibérica. Luego descenderíamos por una ruta distinta, la del Alto Glaciér de Arolla que rodea el Mont Collon.

No hemos contado con esa efímera oportunidad; para colmo nos echará un pulso la enfurecida borrasca. Siendo la visibilidad nula, la odisea no hubiese tenido mayor mérito descendiendo con los ojos vendados. Empezamos a deslizarnos con recelo, recuperando la confianza en las ilimitadas posibilidades del esquí al efectuar el primer giro, las tablas se mueven como topos a medio metro de profundidad; cada vez que nos caemos, eso ocurre a menudo, tenemos que pedir ayuda para salir del socavón. En este mar embravecido lo esencial es mantener el rumbo, y como el radar de la memoria funciona con precisión, antes de lo que podíamos imaginar superamos los escollos recalcando en buen puerto. Por la tarde hacemos escala en Chamonix, donde se desvanece toda esperanza de emprender cualquier actividad, pese a conformarnos con descender el Valle Blanco.

Al regresar definitivamente de los Alpes no arrinconaremos las tablas hasta el próximo invierno. Retornamos a los entrañables Pirineos para, antes de que florezcan los rododendros, engalanando con su colorido las laderas de las montañas, realizar nuevas y emocionantes travesías de esquí.

Me ha parecido oportuno dedicar este artículo a glosar el esquí de travesía, debido a que está experimentando un auge vertiginoso. Las razones fundamentales tal vez sean: 1) amplía considerablemente los horizontes de la montaña invernal, 2) permite disfrutar de la nieve sin depender de las estaciones de esquí. Es evidente que el esquí fuera de pista se ha impuesto como una de las modalidades esenciales del montañismo al facilitar la aproximación a las altas cumbres en invierno. Por otro lado, se acabaron los prejuicios que nos mantenían apartados del esquí a quienes amamos la soledad de la montaña.

Entre las ventajas del esquí de travesía destaca el poder prescindir de las estaciones, caras y masificadas. Se acabó el pagar por soportar colas en los remontes provistos hasta de semáforos, el agobio de las pistas tan saturadas como una playa en agosto, las anacrónicas instalaciones que ofenden a la naturaleza convirtiendo la montaña en un negocio de los más lucrativos.

El esquí todo terreno se aleja de los itinerarios balizados como carreteras, por lo que cualquier recorrido entraña obstáculos imprevisibles, donde podemos encontramos con situaciones, más que negras moradas. Por eso, antes de echarse al monte hay que pasar por las odiosas pistas para adquirir el nivel indispensable. Esa formación debe ser completada con cursillos específicos dado que el esquí de travesía tiene su propia técnica. No es una cuestión de estilo, mucho menos de velocidad, sino de lograr mantener la estabilidad y saber desenvolverse en los diversos tipos de nieve. Finalmente está el angustioso tema de los accidentes. El esquí de montaña es fascinante, pero no podemos olvidar que se desarrolla en las condiciones más hostiles.

